

*Diccionario de Autoridades*. Madrid: Gredos, 1984.

*El Oráculo de los Preguntones*. Ed. y estudio José Pascual Buxó. México: El Equilibrista / UNAM, 1991.

PAZ, OCTAVIO. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. México: FCE, 1982.

Manuel José Othón. *Poemas rústicos*. Ed., introd. y notas Joaquín Antonio Peñalosa. Clásicos Mexicanos 3. México: Universidad Veracruzana, 1990.

A propósito de la paternidad de "la casita", la conocida canción cuya letra registró Felipe Llera a nombre de Manuel J. Othón en la Sociedad de Autores y Compositores de Música, y que él mismo musicalizó e hizo famosa, comenta Gabriel Zaid: "En su excelente recopilación de la *Poesía completa* de Manuel José Othón (Jus, 1974), Joaquín Antonio Peñalosa recoge la letra de la canción [...] pero sólo como atribuible" (1994 77), y expone después las razones por las que un investigador "tan serio como el padre Peñalosa" se decide por la cautela.

Si bien Zaid dará nuevos y convincentes argumentos para concederle finalmente a Othón la paternidad del poema, en la postura de Peñalosa se transparenta la escrupulosa seriedad de su trabajo como investigador. Él mismo, en un estilo a la vez modesto y escueto, explica su posición en estos términos: "Ciertamente «la casita» no aparece en los manuscritos de Othón, ni por ahora se ha encontrado en ninguna de las publicaciones en que solía colaborar; por lo cual será más prudente considerarlo como atribuible" (1974 22).<sup>1</sup>

Ejemplo múltiple de este mismo escrupuloso rigor es la investigación que sostiene su edición de la *Poesía completa* de Othón. El denso ensayo introductorio que acompaña la producción poética de este autor, cuidadosamente organizada, bien puede leerse como una historia detallada de aquellos malentendidos, errores, omisiones y negligencias que coincidieron en los dos intentos previos de reunir sus obras completas.

La edición de 1928, a cargo de Salvador Novo, y aquella que preparó Zavala en 1945, superior a la primera, pero aún plagada de incorreccio-

---

<sup>1</sup> Peñalosa señala aquí a Gabriel Zaid como uno entre varios escritores que atribuyen el poema a Othón (1974 496).

nes, son los inestables puntos de referencia con los que se ve obligado a dialogar Peñalosa, apoyado invariablemente por fuentes documentales diversas y argumentos de peso.

La edición de los *Poemas rústicos* que ahora nos ocupa aparece, pues, en un campo desbrozado ya desde hace veinte años por el propio Peñalosa. Hace dos décadas, este investigador se vio enfrentado con la producción poética de un autor cuyo perfeccionismo lo llevó a desconocer la mayor parte de ella y a modificar constantemente los textos que después publicaba, una y otra vez, en distintas versiones, o que proyectaba publicar, corregidos de nuevo, a veces con distintos títulos, en libros futuros.

Para la primera edición de *Poemas rústicos* (1902), el libro deslumbrante e insólito que, en efecto, parece aislado de su obra anterior, Othón pide que se anuncien en el forro esos otros tres volúmenes "de que consta" —así lo afirma entonces—<sup>2</sup> su obra poética. De estos tres libros (*Poemas internos*, *Poemas del odio* y *Poemas brutales*), a los que también hace mención en el prólogo, los dos últimos parecen no haber sido más que un proyecto que Othón no llegó a concretar, y el primero, *Poemas internos*, estaría constituido, en buena parte, por poemas publicados ya en dos libros anteriores: *Poesías* (1880) y *Nuevas poesías* (1883). En ese mismo prólogo Othón niega, además, la existencia de estos dos libros ya publicados y que, con otro volumen más, *Ensayos poéticos*, inédito y organizado en 1875 por él mismo, constituyen su obra anterior. De la cortésima edición de *Nuevas poesías*, destinada casi exclusivamente a sus amigos, no se conserva, por otra parte, más que un único ejemplar.<sup>3</sup>

En esta nueva edición de los *Poemas rústicos*, el único libro que su autor reconoció como propio y que él mismo supervisó escrupulosamente en el proceso de su publicación,<sup>4</sup> los retos a los que Joaquín Antonio Peñalosa se enfrenta son otros. Se trata, sin lugar a dudas, del mejor libro de Othón. "Si hubiera muerto antes de *Poemas rústicos* —afirma Peñalosa (1974 15)— su nombre aparecería en fila con los románticos menores de fines de siglo". Se trata, también, del libro que, justificadamente, ha acaparado el interés de la crítica y del único que, ya en 1945,

<sup>2</sup> Carta dirigida a Juan B. Delgado el 22 de noviembre de 1901 (19).

<sup>3</sup> De este ejemplar, que ahora se encuentra en la biblioteca de la Casa de la Cultura de San Luis Potosí, no se tuvo noticia antes de 1947. Esto a su vez contribuyó con varias leyendas a propósito de la supuesta destrucción de la edición completa por el editor (13).

<sup>4</sup> Una serie de cartas dirigidas a Juan B. Delgado dan cuenta de la elaboradísima trayectoria que siguió la edición de este libro (18-21).

en las obras completas que editó Zavala, se transcribió con fidelidad. Sólo un poema: "En el desierto. Idilio salvaje", escrito después de la aparición de *Poemas rústicos* y publicado al poco tiempo de haber muerto Othón, supera en estructura, nitidez y profundidad a los poemas reunidos en este libro. Tiene ese poema un ángulo nuevo, el de la introspección psicológica como exploración de un paisaje íntimo que, superpuesto a una descripción deslumbrante del paisaje exterior, crea en su poesía una dimensión inusitada.

Dos ediciones de *Poemas rústicos* preceden a ésta de Peñalosa. Una (Porría 1944) que incluye trece "últimas poesías" (entre ellas una apócrifa)<sup>5</sup> y una brevísima introducción sin firma, y otra edición facsimilar (Premià 1979) presentada por José Joaquín Blanco, que incluye dos poemas más: "En el desierto. Idilio salvaje" y "La casita". *Poemas rústicos* fue incluido también, como unidad, en la antología que Evodio Escalante reunió con el título: *Manuel José Othón. El dios en el precipicio* (UAM, 1989).

Es ésta, sin embargo, la primera edición comentada y anotada de los *Poemas rústicos*. Una larga introducción, dividida por Peñalosa en once apartados, ubica a *Poemas rústicos* entre las otras obras poéticas de Othón; habla de las circunstancias que influyeron en el giro afortunado y decisivo que dio su poesía en este libro, escrito entre 1890 y 1902; recoge con detalle las peripecias de su edición; define a Othón como poeta del paisaje mexicano y como modernista educado en la sensibilidad del clasicismo; ofrece, de una manera esquemática, y a través de ejemplos, una descripción de su estilo y de los recursos métricos que utiliza y proporciona, por último, una cronología y una bibliografía esencial. Cada uno de los poemas en el cuerpo del libro va acompañado, a su vez, por una breve introducción que ofrece datos sobre su factura y que busca recoger aquellos comentarios críticos que con él se relacionan. La mayor parte de estos comentarios proviene de ensayos y artículos de Alfonso Reyes, Antonio Castro Leal, Jesús Zavala, María del Carmen Millán, José López Portillo y Rojas y Octaviano Valdés, entre otros. Hay también en estas notas introductorias observaciones relativas a la personalidad y a la vida de Othón, proporcionadas por personas allegadas a él.

En la introducción general, Peñalosa reúne, al lado de otros incisos que añaden información crítica sobre los *Poemas rústicos*, pasajes publicados antes por él y ahora ligeramente modificados, como aquellos

---

<sup>5</sup> "Del obispo Caramuel, citado por el P. Tosca", presentada aquí, igual que en la edición de las *Obras* de 1928, como "Del obispo Caramel".

que aparecen en la introducción de la *Obras completas* (1974) o cierto ensayo publicado en 1958 en *Ábside* y que se incluye aquí con el subtítulo de “Estilo de *Poemas rústicos*”. Al frente de esta sección, Peñalosa comenta: “teniendo diversos y encomiables estudios de síntesis, faltaba este análisis de los recursos específicos de que se sirvió el potosino para encarnar la inspiración, siempre inefable, en este quehacer amoroso y doloroso de la escritura” (39).

Existen, en efecto, diversos estudios de síntesis que, por lo general, se concentran en plantear los alcances y el sentido de lo que casi todos describen como la afortunada introducción del paisaje en su obra poética. La fidelidad o el realismo de ese paisaje, el centro de interés dentro de él, así como la perspectiva desde la cual se percibe y el sentido trascendente que adopta, son las cuestiones que, de manera a veces encontrada y muchas otras confluyente, buscan esclarecerse en la mayor parte de estos ensayos.

“¿Qué poeta mexicano —pregunta Antonio Castro Leal— ha conocido mejor [la naturaleza], o la ha amado con tan entrañable cariño?” “Su naturaleza era la naturaleza americana” (1970 164). Othón, afirma José Joaquín Blanco, “se propuso explícitamente en su obra una naturaleza sincera”; sin embargo, “sus poemas no ven un paisaje real”, lo que desarrollan es, por el contrario, “un proyecto solariego de una patria paisajística de rancheros limpios, buenos y satisfechos” (1979 9 y 11). “Othón vive cerca de la naturaleza, vibra con ella”, comenta María del Carmen Millán, y añade: “El paisaje mexicano se descubre al fin, con sus más insospechados matices y contrastes”. “Othón nos introduce en un mundo de vitalidad extraordinaria, de realidad vibrante y armoniosa; nos enseña a mirar el paisaje, a escuchar el lenguaje de las cosas y a percibir los cálidos latidos de la naturaleza” (1952 163-164 y 176-177). Y Alfonso Reyes: “¡Poco le importa a él saber cómo viven los pastores o cuándo será menester casar las viñas con los olmos [...]! Sólo se cuida de expresar su propio sentimiento del campo, ya que en el campo fluyen sus emociones con más libertad que en las ciudades. Y si a elegir fuera, preferiría sin duda el campo sin hombres, sin pastores, con el solo ruido de los animales y con la infinita presencia de Dios” (1955 188). “En él —dice Zavala— el espíritu y la naturaleza forman una sola unidad, un estado de alma” (26). “¿Características de la poesía paisajista de Othón? El sentido trascendente de la naturaleza, la religiosidad, el dinamismo, la sensación olfativa, la luminosidad, el colorido intenso y cambiante, la música por sobre todo y aun la construcción sinfónica de sus grandes poemas”, resume, a su vez, Peñalosa (28).

Hay otro aspecto de la poesía de Othón que ha atraído, aunque más tangencialmente, la atención de la crítica. Se trata de un lado oscuro, siniestro o lúgubre en algunos de sus poemas. "El canto de Lodbrok", "La noche rústica de Walpurgis", y, al margen del ambiente sobrenatural cargado de suplicios, brujas, cadáveres, etc., el "Idilio salvaje"—abierto a la amplitud desolada de un espacio interior—, serían los ejemplos más notables. Para Evodio Escalante esta dimensión ofrece, en sí misma, un valor que pesa desde una perspectiva estética. "Un verdadero poeta, y Othón lo era, no renuncia a lo problemático." Sutilmente establece así una jerarquía en la que "La noche rústica de Walpurgis" se sitúa por encima de poemas como "Pastoral" o "Himno de los bosques", y aquellos momentos más visiblemente "lúgubres", por encima de otros de distinta tesitura. "Pero estas «lobregueces» [del "Himno de los bosques"] —comenta Evodio Escalante, con el objeto de expresar sus reservas frente a lo que él considera un acierto de Othón demasiado efímero— no dan el «tono» de la composición. Pronto son recuperados por una visión reconfortante" (1989 26). Alfonso Reyes por su parte se queja de los efectos morales de un poema como "Idilio salvaje": "Desequilibrios tan formidables contaminan a todas las almas. El dolor delirante y el miedo a la sombra se comunican fácilmente. Nos hace daño el drama poético de Manuel José Othón" (192). Y Castro Leal busca, a su vez, defender a la persona de Othón desde esta misma perspectiva moral: Othón relata "algunas sórdidas y a veces criminales pasiones. Pero en él mismo sí se cumplía el mito de la inocencia de la naturaleza y de su influjo bienhechor y moral sobre los hombres que viven en su seno" (176).

La complejidad estética —independientemente de la personalidad más o menos problemática de Othón— y la armonía, entendida como confluencia eficaz de recursos y riqueza de sentidos, no necesariamente se da en la poesía de Othón bajo las alas de una temática sórdida o conflictiva. Hay pasajes extraordinarios de una armoniosa densidad en sus poemas más "serenos" y momentos pobres y simples en sus poemas "sórdidos". Estos ensayos de síntesis, como los llama Peñalosa, son importantes y evidentemente útiles para percibir el conjunto, pero aún sigue siendo necesario analizar más de cerca las tensiones que surgen directamente del lenguaje poético de Othón para revalorar a fondo sus alcances.

El análisis estilístico de Peñalosa es una valiosa aportación en este sentido, aunque todavía habría que situar más en contexto sus observaciones para ver cómo funcionan dentro de la dinámica de los poemas.

Entre los rasgos estilísticos que ejemplifica Peñalosa están diversos

tipos de bimetración, duplicación de adjetivos, sustantivos y verbos, aliteración, repetición de palabras con intención enfática y paralelismo entre versos que cierran algunos de los poemas. Está también aquello que Peñalosa reúne bajo la categoría de "oraciones dentro de un verso" y que sólo percibidas en contexto y analizadas en relación con él podrían decirnos algo sobre su funcionalidad. Peñalosa parece verlas con cierta reserva:

Ordinariamente la poesía de Othón fluye por anchos cauces sintácticos, por periodos holgados y saludables, sin frecuentes detenciones que retengan la marcha. Por eso contrastan y sorprenden estas pequeñas oraciones y aun simples frases insertas dentro de un verso (41).

Mi impresión es que tanto el efecto rítmico de estas frases como su manera de resaltar ciertas imágenes o elementos discursivos, se cuentan, en la mayor parte de los casos, entre sus hallazgos estilísticos.

Hay algo, por otra parte, que se echa de menos en esta valiosa edición, y que, sin embargo, está presente en la *Poesía completa* que reunió Peñalosa. Me refiero a las notas que dan cuenta de los cambios y correcciones que hizo Othón a muchos de los poemas incluidos en *Poemas rústicos* y que permiten deducir algunos de los criterios que guían a Othón en su búsqueda por perfeccionar sus textos. En la edición que ahora nos ocupa se incluye esta información, pero sólo a propósito de "Idilio salvaje". Sería deseable que en alguna futura reedición se incluyeran en su integridad esos datos, sin duda útiles para quienes quieran enriquecer el camino que tan generosamente abrió, en sus repetidos y valiosos acercamientos a la poesía de Othón, Joaquín Antonio Peñalosa.

CORAL BRACHO

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- CASTRO LEAL, ANTONIO. "La poesía de Manuel José Othón (1858-1906)." *Cuadernos Americanos* 4 (jul.-ago. 1970): 161-184.
- MILLÁN, MARÍA DEL CARMEN. *El paisaje en la poesía mexicana*. México: Imprenta Universitaria, 1952.
- OTHÓN, MANUEL JOSÉ. *Obras*. 2 vols. Ed. Salvador Novo. México: Secretaría de Educación Pública, 1928.

- —. *Poemas rústicos*. Escritores Mexicanos 5. México: Porrúa, 1944.
- —. *Obras completas*. Ed. Jesús Zavala. México: Nueva España, 1945.
- —. *Poesía completa*. Ed. Joaquín Antonio Peñalosa. México: Jus, 1974.
- —. *Poemas rústicos*. Libros del Bicho 67. Ed. facsimilar. Prol. José Joaquín Blanco. México: Premià, 1979.
- —. *El dios en el precipicio. Poesía escogida*. Pról. Evodio Escalante. México: UAM, 1989.
- REYES, ALFONSO. "Los Poemas rústicos de Manuel José Othón." *Obras completas*. Vol. 1. México: FCE, 1955. 173-192.
- ZAID, GABRIEL. "¿De quién es «La casita»?" *Vuelta* 207 (feb. 1994): 77.

*José Gorostiza-Carlos Pellicer. Correspondencia 1918-1928*. Ed. Guillermo Sheridan. México: El Equilibrista, 1993.

Cuarenta y dos cartas, incluyendo postales, constituyen el cuerpo de esta correspondencia de diez años entre José Gorostiza y Carlos Pellicer.<sup>1</sup> Las primeras cartas nos muestran la iniciación de dos jóvenes en el mundo cultural de un México que pretendía levantarse al amparo de la inquietud vasconcelista. Las cartas posteriores revelan las experiencias de los primeros viajes, de promoción estudiantil, en Pellicer, y de estudio, en Gorostiza; se detienen en los primeros libros de ambos poetas y en sus viajes profesionales y reanudan la marcha hacia los juicios devastadores de Pellicer contra México y sus Contemporáneos, y a la angustia aniquilante de Gorostiza.

Esta correspondencia está dividida cronológicamente en tres partes: la primera, de 1918 a 1920 (viaje de Pellicer a Colombia y Venezuela); la siguiente, 1924 (viaje de Gorostiza a Nueva York), y la última, de 1925 a 1928 (viaje de Gorostiza a Londres y de Pellicer a Italia, Francia y ciudades del Oriente).

---

<sup>1</sup> El editor no dice, en la introducción del epistolario, el motivo de que esta selección abarque solamente un decenio, pero en comunicación personal refirió que fue lo único que se conservó de correspondencia cruzada entre los dos poetas. Sheridan se encuentra preparando un segundo conjunto de cartas de Gorostiza, que abarca mayor número de años. El título provisional es *Epistolario de Gorostiza (1918-1944)*.